

22 oct 1895 1895-96 49

UNA CAMPAÑA SIN PARALELO HISTORICO.

(LA INVASION, 22 DE OCT. 1895- 22 DE ENERO 1896)

Por MARIO FERNANDEZ ROQUE.

SI algo hay digno del endecasílabo heroico y del bronce conmemorativo en los anales militares del mundo es sin duda alguna la Campaña de Invasión, que el genio guerrero de dos aluciados de la libertad concibiera y los brazos esforzados de los hombres fantasmas que los obedecían hicieron realidad, arrollando un ejército enemigo cien veces superior en armamento y número y echando por tierra al mismo tiempo concepciones arraigadas sobre la conducción de la guerra y el valor moral del combatiente.

Nunca adversarios tan desiguales habían medido sus fuerzas en los campos de batalla y jamás habíase impuesto a un núcleo de hombres en la guerra misión tan irrealizable, si a la lógica de los hechos se apelaba para predecir el resultado de la empresa.

El teatro obligado de la hazaña era por lo demás adverso: Cuba con su configuración larga y estrecha, flanqueada por el mar, deja poco espacio a la maniobra lateral y obliga a la marcha en una sola dirección, que era en ese caso Occidente. Los adversarios habían de contender como los esgrimistas sobre el jinoleun de una sala de armas; era cosa de avanzar o retroceder, de ceder terreno o conquistar. Allí no había cabida para los amplios movimientos circulares ni para desplazamientos al Norte o al Sur, capaces de engañar al enemigo sobre la finalidad inmediata del intento. Cuando las vanguardias cubanas pasaron el Jobabo ya el Cuartel General español poseía de hecho una información positiva sobre rutas generales, objetivo estratégico y probables intenciones de la hueste insurrecta. En realidad pocas esperanzas había de que el audaz proyecto culminara en realidad tangible, pero si alguna, dependía enteramente del valor y arrojo de los caudillos y del poder combativo de las tropas. La aventura era de astucia contra fuerza y de coraje contra resistencia organizada. Habían de menudear las fintas, las aparentes dispersiones, la retirada simulada y el abordaje rudo en el momento dado; de ahí que hicieran falta soldados de acero, prestos a imponer al enemigo la decisión de un caudillo que tenía la piel y el alma de bronce.

La genialidad de la Campaña de Invasión no estriba en la mera concepción del plan, que harto sabían los jefes de la Revolución de la necesidad ineludible de asumir la ofensiva para llevar la guerra a las regiones lejanas donde florecía la industria azucarera, fuente de la riqueza del país, e ir contra los centros políticos y económicos de la Isla, los cuales mientras las operaciones estuvieran confinadas a la porción oriental de Cuba poco o nada habían de sufrir los horrores de la lucha. Lo singular y sorprendente radicaba en ejecutar una obra que cualquier experto en cuestiones de guerra hubiera sin vacilaciones reputado de temeraria e imprudente. Para Máximo Gómez, alma militar de la Revolución, invadir las provincias occidentales era obsesión constante, que ya durante la Guerra de los Diez Años había intentado realizar oponiéndose para ella hasta al propio Gobierno de la República en Armas, que con criterio prudente, propio de hombres civiles, creía que la persistencia del estado revolucionario era suficiente para quebrantar el poder de España.

Los dos grandes combates de Las Guásimas y El Naranjo dieron al traste con los propósitos del Generalísimo; porque en aquellos dos choques quedó agotado el caudal de municiones que poseían los insurrectos y hubiera sido suicida proseguir una marcha contra murallas de soldados enemigos, bien mandados y provistos abundantemente de toda clase de elementos de guerra.

Sin embargo, los destacamentos avanzados de la frustrada invasión llegaron más allá de los confines camagueyanos y uno de sus jefes más destacados, el "Inglesito", fué a morir en la jurisdicción de Yaguaraman, en plena campaña villareña, hasta donde le llevó su arrojo en pos del Occidente, la tierra prometida como preseña de victoria al furor guerrero de los soldados de Cuba Libre.

Y así es en efecto. La Guerra de los Diez Años angustia y muere porque no hay plan ni meta. El esfuerzo es local y lo anula y torna inútil la falta de finalidad global; sólo se aspira a mantener la protesta contra un estado de cosas que es odioso, pero se carece de la objetividad estratégica y el esfuerzo táctico naufraga lamentablemente debido a la ausencia de una acción concertada y conjunta.

Máximo Gómez, militar de escuela, advierte esta laguna y trata de llenarla poniendo en juego su capacidad técnica ya que carece de elementos materiales y de contingentes adecuados para llevar a cabo sus audaces planes, pero comprendiendo que el estancamiento de la guerra en Oriente equivale a transformar el esfuerzo heroico de la Revolución en un caso de perturbación local sin importancia, prefiere unir los núcleos mejores y encaminarlos en la única dirección de la victoria. Lo demás lo confía al azar, que por algo era, amén de soldado de carrera, revolucionario de corazón. Pero el azar cuenta pocas veces en cuestiones militares y la fuerza de las armas enemigas unidas a la casi situación de indefensión de los cubanos hicieron fracasar la idea fija de quien años después y con la cooperación valiosa de otro grande de la guerra, Antonio Maceo y Grajales, había de convertir en realidad lo que era sueño utópico.

Hace unos días, y a propósito de la fecha surgió la idea de esta crónica, se conmemoró el trigésimo aniversario del inicio de aquella marcha inmortal comenzada en Baraguá, lugar también digno de eterna recordación porque allí en 1878 había protestado Antonio Maceo contra las estipulaciones del Pacto del Zanjón. El 22 de octubre de 1895, bajo el follaje verde obscuro de los mangos históricos que testificaron el gesto viril de 1878, un puñado de alucinados, que esto era en realidad la hueste invasora compuesta de unos mil cuatrocientos hombres entre infantes y jinetes, dió comienzo a la empresa que parodiando al Manco de Lepanto, puede, con razón, calificarse como "la más alta acción que vieron los pasados siglos y esperen ver los venideros".

Tres meses después, el 22 de enero de 1896, aquel pequeño contingente engrosado por algunos núcleos, que nunca elevaron su efectivo más allá

MONUMENTO DOCUMENTAL

de los cinco mil combatientes, daba cima a la gesta que jamás soñaron escribir los más fantásticos autores de fábulas caballerescas. Por eso, cuando en la tarde de un día de invierno tremoló en los confines de Mantua la bandera de la estrella solitaria el cubano conquistó ante los ojos asombrados del mundo el derecho innegable de tener una patria libre, porque los cascos de sus corceles de guerra, abriéndose paso a través de los densos cuadros de un ejército infinitamente superior en armas, número de hombres y recursos de toda especie, habían recorrido de un extremo a otro en triunfal cabalgata gloriosa el territorio de la nueva nacionalidad y cuando los pueblos son capaces de realizar empresas semejantes son dignos también de aspirar a mejores destinos.

El plan general para la conducción de la campaña había sido acordado en la conferencia de La Mejorana, donde Martí, Máximo Gómez y Antonio Maceo, los tres astros de esta segunda etapa del ciclo libertario, se reunieron el 5 de mayo de 1895 para discutir ampliamente los lineamientos generales, no sólo de la Invasión, sino las directrices a que debía ajustarse la política militar de la Revolución. Días después uno de aquellos astros debía desaparecer para siempre en una obscura escaramuza librada en Dos Ríos, como si los hados reclamaran **impacientes para la inmortalidad el alma selecta del Apóstol.** Pero también como si la desaparición del soñador sublime enardeciera a los que le sobrevivían, Gómez y Maceo concentran toda la energía de sus pensamientos en **ultimar los preparativos de la campaña invasora** hasta que la columna, como las naves de los descubridores del Nuevo Mundo, toma el rumbo de Occidente para marchar en línea recta a la consecución del ideal de Independencia.

El avance de la columna invasoras como una estela gloriosa que desde Baraguá llega hasta Mantua, con puntos más brillantes situados a intervalos en el todo luminoso de la jornada. Estos puntos, que irradian como estrellas, son Iguará, Los

Indios, Manicaragua, Mal Tiempo, Coliseo, Calimete, Las Taironas y otras acciones en las cuales las armas cubanas demuestran la pujanza y el deseo de vencer que las anima. Ya antes en Peralejo y Sao del Indio había templado el gran Maceo

los aceros y los espíritus de los que habían de acompañarle a escribir con sangre y fuego la página más bella de la historia militar de Cuba.

Por la margen derecha del Cauto **avanza la hueste cubana hasta cru-**

zar el Jobabo internándose en el territorio de Camagüey, vasto anfiteatro, que dijera Miró, propicio a la maniobra de Caballería.

El 29 de noviembre la habilidad, visión militar y arrojo de Maceo burlaron la línea fortificada de Júcaro a Morón, especie de cinturón de fortines que unía dos plazas importantes dividiendo la Isla en dos partes para confinar el foco más vigoroso de la insurrección a la **porción oriental de Cuba, aislando la**

zona azucarera y los centros políticos de la Isla del contagio separatista que brotó en las laderas de la Sierra Maestra y encontró eco entusiasta en Camagüey.

Poco después Iguará franquea los umbrales de las Villas y el 15 de Diciembre los machetes cubanos destrozan en Mal Tiempo los cuadros de Bailén y de Canarias que comanda el coronel Arizón y prosigue la marcha por La Flora, dando a los observadores del mundo entero una prueba asombrosa de movilidad y poder maniobrero. Poco después se **interna la hueste mambisa en la zona** de Colón moviéndose en medio de una red de vías ferroviarias y de caminos que facilitan al enemigo su labor de acoso.

Unidos el Generalísimo y el caudillo oriental, que separados por los azares de la guerra en varias ocasiones, vuelven a converger en los momentos de librar la acción de Coliseo donde las fuerzas enemigas acumuladas para detener el avance de la hueste cubana son duramente castigadas, se inicia aquella maniobra sin igual que llama el vulgo la "lazada de la Invasión" y que es en realidad una retirada estratégica que tiene por etapa Crimea, Sabanetón y el Indio, como si arrepentidos de su audaz propósito los jefes cubanos pretendieran desandar lo andado para ganar cuanto antes el territorio de las Villas y escapar al acoso de las columnas perseguidoras.

La maniobra consigue el fin propuesto y a poco los partes del General Martínez Campos daban cuenta al Ministerio de la Guerra del retroceso de las tropas cubanas y de su evidente derrota. Por fin convencidos el Generalísimo y su Lugarteniente de que en efecto las columnas enemigas se encuentran todas lanzadas en dirección a Oriente, sobre lo que suponen la línea de retirada del núcleo mambí, asumen de nuevo la dirección real de la marcha y de un salto ganan la distancia que separa al Indio de Calimete y asestan otro golpe rudo al enemigo prosiguiendo ya la ruta luminosa que por Corral Falso y El Estante conduce a la extremidad Surdeste de la Habana hasta que la caballería gloriosa abreva en las aguas del Almendares y ya triunfal por San Juan, Bahía Honda y Las Pozas se encamina sin vacilaciones hasta la meta de Mantua, no sin antes demostrar en Cabañas, Las Taironas y Tirado inquebrantable decisión de luchar hasta vencer.

Contemplar hoy en el mapa de Cuba la línea que marca el proceso de la Campaña de Invasión es evocar una cabalgata fantasma de **hombres de acero** que rebasan los límites de la leyenda y de la fábula, guiados por dos almas de adalides obsediadas por el anhelo sublime de levantar en sólidos cimientos un monumento eterno a la libertad y a la justicia.

A los treinta y nueve años de aquella marcha portentosa, sin paralelo en los fastos militares del universo, nos preguntamos si se habrá extinguido para siempre la raza espiritual de esos hombres, que mal armados y en escaso número eran suficientes para hacer resplandecer el ideal quebrando como espigas docientas mil bayonetas enemigas. Silencio ahora, un silencio de tumba, único homenaje que los incapaces de repetir la hazaña podemos rendir a la memoria de los que nos dieron una lección maravillosa, una lección que hace crispas las manos impotentes mientras late tumultuosamente el corazón.

PATRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA
Oct 28/34
del

3

Republika de Cuba
Comite Libertador
H. del D. P. de C.

Dispondra' Ud. que
los cometas y ayudantes
sea lo primero que honra
el amor para mayor
servicio.

Y para cumplir con el deber
de las instituciones que le da y
proceder a tomar medidas para
evitar cualquier inconveniente,
se han analizado los papeles,

de Campaña, y de la
H. de C.

H. de C.

L. M. Gomez (Casta, Campaña)

Edmundo
Oct 28/34



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA